

SUSTRATO Y SEDIMENTO. LOS VIAJES EN LA FORMACIÓN Y EVOLUCIÓN DEL ARQUITECTO: EL CASO DE RAFAEL MONEO

Ana Esteban Maluenda

Los recuerdos de Rafael Moneo sobre viajes fuera de España, al margen de alguno familiar al sur de Francia, se remontan a una primera visita a París.

“Yo llegué a Madrid a finales de septiembre de 1954, y no salí fuera por lo menos hasta terminar los dos años del ‘Ingreso’, así que tuvo que ser en el verano de 1957. Todavía no había comenzado a trabajar con Oíza, aunque sí probablemente con Fernando Cavestany, a quien me había enviado Alejandro de la Sota. Fue un viaje aproximadamente de un mes y medio, en el que visité París y Chartres”¹.

Moneo lo relaciona claramente en su memoria con un momento histórico muy específico: los sucesos de 1956 que desembocaron en el conflicto de la Universidad con el franquismo. A finales de 1955 había fallecido Ortega y Gasset, así que el año siguiente arrancó con un homenaje al filósofo a la vez que se preparaba el Congreso Universitario de Escritores Jóvenes que, pese a haber sido convocado con el consentimiento del rector de la Universidad Complutense, Pedro Laín Entralgo, finalmente terminó prohibiéndose. La suspensión de las elecciones estudiantiles por parte del jefe del SEU provocó las primeras manifestaciones de estudiantes desde la Guerra Civil, así como las primeras cargas de los falangistas contra ellos. Las detenciones de Miguel Sánchez Mazas, Dionisio Ridruejo, Ramón Tamames, Enrique Múgica, Javier Pradera, José María Ruiz Gallardón y Gabriel Elorriaga ocasionaron el cierre de la Universidad y la dimisión del rector. Comenzaban así los tiempos de las revueltas estudiantiles en la Ciudad Universitaria de Madrid.

Parece, por tanto, que el viaje fue realizado en 1957, inmediatamente después del momento con el que lo asocia el arquitecto. En cualquier caso, la idea que subyace en la conversación no es la de un viaje en el que el objetivo fuese ver arquitectura, sino más bien la de la estancia en la capital del Sena de un joven estudiante de bachiller inquieto, recién ingresado en la Escuela de Madrid e interesado por todo lo que París podía ofrecerle, incluso al margen de la arquitectura: los museos, el Barrio Latino, los cafés, las exposiciones de pintura... en general, todos los ambientes que tenían que ver con los que en ese momento eran sus grandes intereses: la pintura y la literatura.

“En el comienzo de mi profesión yo había flirtado con la pintura, había trabajado un poco con Daniel Vázquez Díaz y en su estudio había conocido y entablado amistad con pintores como Cristino de Vera y Rafael Canogar. Fue este último quien me introdujo a Luis Feito y a los pintores que giraban alrededor de las galerías ‘Fernando Fe’ de la Puerta del Sol y ‘Clan’ de la calle Espoz y Mina. Recuerdo haber compartido las inquietudes artísticas con Emilio Mendivil, un bilbaíno que luego terminó sus estudios de arquitectura en Barcelona”.

1. MONEO VALLÉS, Rafael. Declaraciones a Ana Esteban Maluenda en su estudio de la calle Cinca, Madrid, 7 de enero de 2010. El texto está repleto de referencias a la conversación mantenida por el arquitecto con la autora con objeto de preparar este trabajo. Para simplificar las citas que aparecen en el mismo, sólo se hará referencia explícita a las afirmaciones realizadas por Rafael Moneo que se hayan obtenido de otras fuentes. El resto debe entenderse que forman parte de dicha conversación.

Así pues, uno de los objetivos que Rafael Moneo perseguía en ese primer viaje a París era la visita a las galerías de la ciudad, especialmente a aquellas en las que trabajaban los pintores españoles con los que él mantenía trato.

“Me veo recorriendo todas las galerías de ‘La Rive Gauche’, todos los museos, las tiendas de libros del ‘Boulevard Saint Germain’. Los pintores abstractos franceses Fautrier, Soulages... También el descubrimiento de un pintor, hoy casi desconocido, pero que en aquellos momentos gozaba de enorme reconocimiento, Grommaire. Recuerdo haber compartido algunos de aquellos momentos parisinos con un buen amigo de Tudela, el periodista Montxo López Goicoechea, pero en general se trató de una experiencia bastante solitaria”.

En lo que tiene que ver con la arquitectura propiamente dicha, es cierto que visitó, aparte de los grandes monumentos de la ciudad –Notre-Dame, la Sainte Chapelle, la Torre Eiffel, el Louvre– algunos edificios más recientes como la Casa de Brasil o el Pabellón Suizo de Le Corbusier en la Ciudad Universitaria –zona en la que residía– pero no lo recuerda como “*un viaje orientado a la arquitectura moderna*” sino “*ligado a la cultura*”.

“(…)Francia para nosotros era sobre todo Camus y Sartre, no tanto el filósofo cuanto el hombre público, el dramaturgo, el ensayista. (...) Recuerdo haber visto a Sartre en algún café. Aquéllos eran los intereses de ese primer viaje, que tiene poca arquitectura. (...) No recuerdo haber ido con otros compañeros de facultad a ver edificios, sino más bien con todo este grupo de amigos ligados a la pintura y a la literatura más que a la arquitectura”.

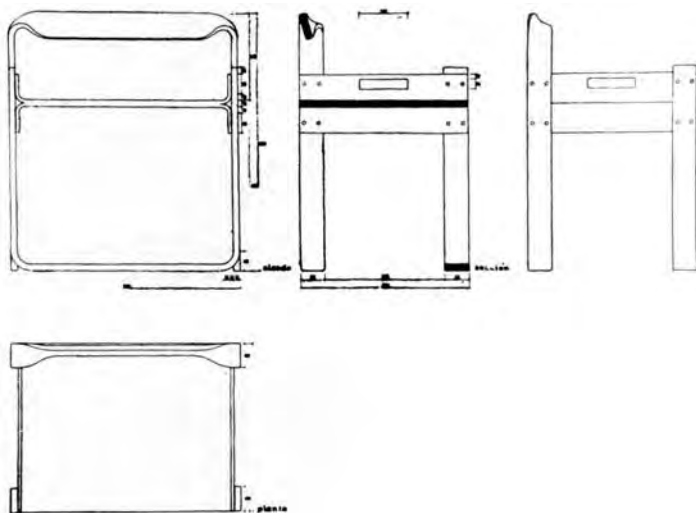
Después de aquel viaje, en 1958 Rafael Moneo comenzó a trabajar en el estudio de Francisco Javier Sáenz de Oíza. Allí estuvo dos años y medio colaborando con el arquitecto navarro:

“Aprendí lo que podía ser un arquitecto y, sin ninguna duda, el modo en el que él entendía la profesión afectó profundamente a mi futuro. Lo tenía claro: quería ser arquitecto a la manera en que lo era Oíza; poniendo en el ejercicio de la profesión toda la tremenda exigencia y el desbordado entusiasmo que él le dedicaba”².

Durante ese periodo, aparte de su trabajo en el estudio de Oíza y de continuar su formación como arquitecto en la Escuela de Arquitectura de Madrid, Moneo se presentó –con éxito– a un par de concursos de mobiliario desarrollados en dos años sucesivos: el primero, en 1960, convocado por ‘H Muebles’ para proyectar una silla o butaca ligera (Figs. 1 y 2), y el segundo, un año más tarde, organizado por el Ministerio de la Vivienda a través de EXCO (Exposición Permanente de Información de la Construcción), con objeto de diseñar diversos tipos de muebles para viviendas económicas.

El concurso de la silla de ‘H Muebles’ fue una apuesta fuerte por parte de dicha empresa a favor de que el diseño de mobiliario se apreciase y valorase en España. De hecho, el primer premio que ofrecían resultaba extraordinariamente generoso (100.000 pesetas del momento), lo que animó a que mucha gente se presentase a la convocatoria. La idea era que la marca comercializase la silla ganadora, pero el propio diseño del modelo de Moneo, en madera moldeada –una banda que giraba sobre sí misma para generar a un tiempo el soporte vertical y el respaldo– dificultó el proceso de fabricación en España: “*como aquí nadie daba razón de resolver eso industrialmente, pensé en dedicarle parte del premio a realizar un viaje para buscar quién podía hacerlo*”.

2. MÁRQUEZ, Fernando, LEVENE, Richard, “Entrevista”, *El Croquis* n. 20, abril 1985, pp. 4-11. Reediación: “Entrevista en tres tiempos. Primavera 1985”, en *Rafael Moneo: 1967-2004. Antología de urgencia* (edición conjunta ampliada y revisada de los números 20+64+98 de la revista *El Croquis*), El Escorial, Madrid, *El Croquis*, D.L. 2004, pp. 13-19.



Figs. 1 y 2. Dibujos e imagen de la silla con la que Rafael Moneo ganó el concurso convocado por 'H Muebles' en 1960.

La presencia de su amigo Germán Castro en Londres marcó el primer punto del itinerario de un recorrido que le llevaría también a Dinamarca y Suecia.

“Llamé a muchos estudios para ver si me orientaban al respecto. Yo había visto algún mueble escolar y algún pupitre de Ernő Goldfinger, un arquitecto húngaro emigrado a Inglaterra de cierta importancia en los años cincuenta. Goldfinger me dijo que la maquinaria para hacer todo esto se hacía en Suecia y que debía ir allí. En ese deambular por algunos estudios conocí a Jorge Bellalta, un arquitecto chileno ligado a la Escuela de Valparaíso que trabajaba en un importante estudio londinense –Yorke, Rosenberg & Mardall– y que fue extraordinariamente amable conmigo; incluso recuerdo haber dormido algún día en su casa de Hampstead. (...) En Dinamarca tampoco tuve demasiada fortuna, aunque recorriese todas las tiendas de muebles... Así que pasé entonces a Suecia, donde sí conseguí algunas señas de productores de maquinaria capaces de hacer lo que yo iba buscando. Y allí también comencé a preocuparme un poco más de ver algo de arquitectura. Quedé subyugado por Asplund, desde el primer momento, con el Asplund del Cementerio del Bosque... Y luego conocí a Ralph Erskine. Supe dónde tenía varado el barco en el que vivía y trabajaba y fui a saludarle. También fue muy amable conmigo, pero no tan abierto como Bellalta”.

A su vuelta a España, Rafael Moneo tenía la sensación de haber realizado un viaje poco fructífero para sus objetivos iniciales. Había conseguido algunas señas de productores de maquinaria, pero ni mucho menos había dado con la solución a su problema. A cambio se traía cosas que tal vez no había esperado: la amistad con Jorge Bellalta, la admiración por Eric Gunnar Asplund y el contacto con dos personajes importantes: Ernő Goldfinger, un arquitecto ya consolidado como parte del Movimiento Moderno británico, y Ralph Erskine, tal vez en ese momento menos influyente que el primero pero que ya entonces había proyectado arquitecturas interesantes, como el conjunto de viviendas asociadas a la fábrica de *Gyttorp* en el municipio sueco de Nora.

Además, la experiencia en este viaje le ayudó a encarar el segundo concurso al que se presentó: el que organizó el Ministerio de Vivienda en 1961 para diseñar mobiliario de viviendas económicas. Allí también obtuvo el primer premio, junto a José Dorero, en el apartado de butacas, con un modelo que

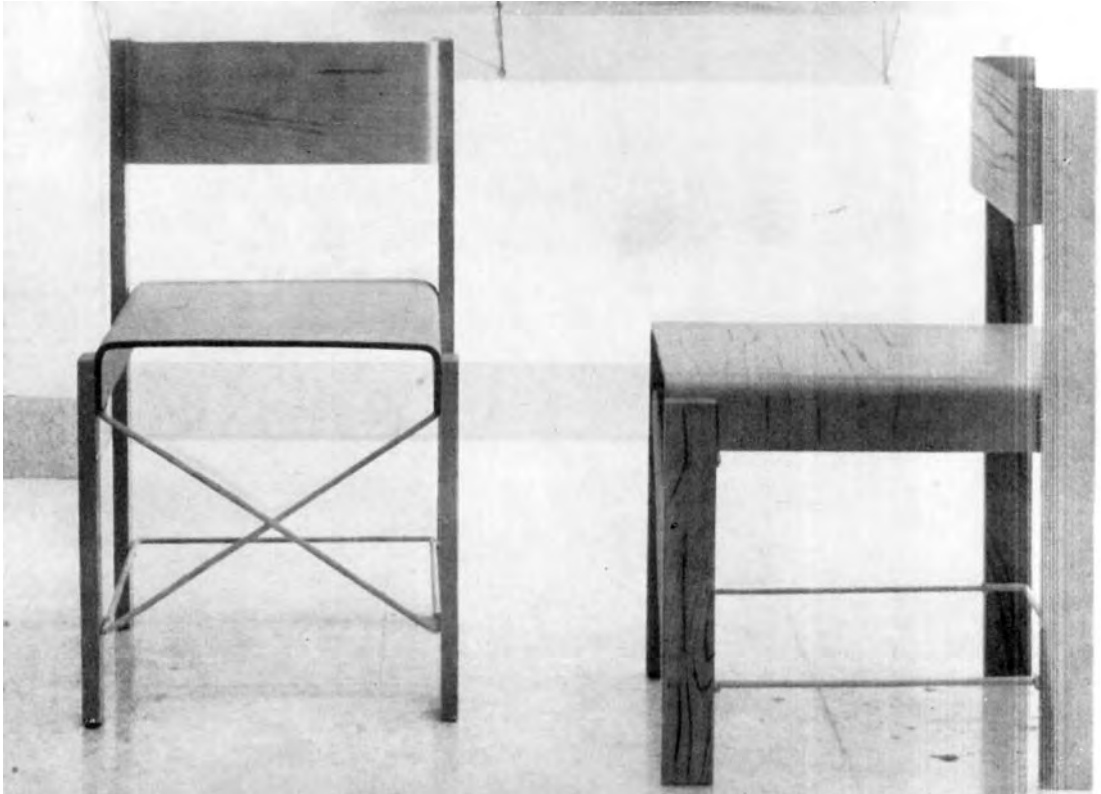


Fig. 3. Fotografía del prototipo con el que Rafael Moneo ganó el premio en el apartado 'Silla' del concurso de mobiliario para vivienda económica, organizado por el Ministerio de la Vivienda en 1961.

simplificaba el anterior y que, en esa ocasión, sí llegó a comercializarse: “*esa silla sí que puede decirse que, de algún modo, fue el fruto del viaje de 1960*” (Fig. 3).

ESTANCIAS PROLONGADAS EN EL EXTRANJERO. HELLEBÆCK (1961-1962) Y ROMA (1963-1965)

Poco después, justo antes del verano de 1961, Rafael Moneo terminó sus estudios de arquitectura. En ese momento Oíza tenía ya el encargo de Torres Blancas y estaba comenzando a definir el proyecto.

“En lo que era entonces un mal entendimiento de lo que suponía disponer de un título profesional, parecía que si tú colaborabas con un arquitecto tenías que compartir con él todo el trabajo. Yo entendí que no tenía ningún sentido que permaneciese con Oíza, planteándole así el problema de si tenía o no que compartir los proyectos conmigo. Pensé que debía buscar otro modo de completar mi formación. (...) Me atraía Utzon desde hacía tiempo. Recuerdo un número de *L'Architecture d'Aujourd'hui* que nos había seducido a todos unos años antes. En él se presentaba un grupo de arquitectos jóvenes de todo el mundo y su portada la dedicaban precisamente al proyecto de la Ópera de Sidney³ (Fig. 4). Yo había escrito a Utzon para decirle que quería trabajar con él pero no había tenido contestación, así que después del verano me presenté en su estudio. Le dije que tenía una ayuda del Ministerio (de algo así como 2.000 pesetas al mes) para trabajar en un país extranjero, por lo que mi presencia en su oficina no tenía por qué resultarle muy gravosa. (...) Eran años en que era un poco más difícil viajar, y seguramente a él le impresionó esa voluntad decidida mía de ir allá...⁴. El caso es que me aceptó, y yo pasé un año entero viviendo en una pensión del entonces pueblecito de Hellebäck llamada ‘Solbakken’, cercana a la casa y el estudio de Utzon y con unas vistas al mar estupendas”.

3. Rafael Moneo se refiere a *L'Architecture d'Aujourd'hui* n. 73, septiembre 1957.

4. FERNÁNDEZ-GALIANO, Luis, "Entrevista con Rafael Moneo", *El País*, Babelia, 4 de agosto de 2001, pp. 22-23. Reeditada en "Se construye con ideas: Rafael Moneo, una conversación", *Arquitectura Viva* n. 77, marzo-abril 2001, pp. 71-73 y en URRUTIA NÚÑEZ, Ángel, *Arquitectura española contemporánea. Documentos, escritos, testimonios inéditos*, Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos, Universidad Autónoma, 2002, pp. 642-648.



Fig. 4. Portada del número 73 de *L'Architecture d'Aujourd'hui*, dedicado a jóvenes arquitectos de mundo, que fue ilustrada con una imagen de la maqueta del proyecto de Jørn Utzon para la Ópera de Sidney.

En ese momento, en Sidney ya se andaba trabajando en la cimentación y parte del podio del edificio. La llegada de Rafael Moneo al estudio de Jørn Utzon coincidió con el momento en que el equipo de diseño acababa de encontrar una solución idónea para construir las bóvedas: una serie de triángulos esféricos contruidos con elementos prefabricados que formaban una especie de ‘costillas’. Pero todavía había que conseguir asociar cada uno de los elementos que configuraban el esquema inicial del proyecto a esos prefabricados que habían imaginado. En realidad, se enfrentaban a un doble problema: uno meramente estructural –las ‘conchas’ no se autosustentaban– y otro de diseño y definición. El primero de ellos se salvó contraponiendo a cada bóveda otra más o menos simétrica que contrarrestase el empuje del voladizo y que hiciese funcionar el conjunto como un verdadero tetrápodo apoyado en el suelo. Esta idea, que resolvía la distribución de cargas, obligaba a definir las coordenadas de los triángulos esféricos –la posición de los mismos– en la esfera originaria. El ingeniero Ove Arup necesitaba conocer las coordenadas en que,

dentro de la esfera, se situaban los triángulos esféricos para comenzar a diseñar la estructura definitiva. “*Fue situar los triángulos en la esfera lo que me tocó hacer a mí*”, recuerda Rafael Moneo.

“Claro, entonces todo se hacía artesanalmente, y aunque había un protocolo de geometría descriptiva que permitía abordarlo con cierta seguridad de llegar a buen puerto, lo que no sabías es si los puntos iniciales elegidos para dibujar los círculos máximos te iban a dar efectivamente lo que estaba buscando Utzon. O sea, que para llegar a cada una de las cáscaras a lo mejor tenías que pasar por cinco o seis intentos (...) La verdad es que los conocimientos de geometría descriptiva que habíamos adquirido en la Escuela te permitían hacer todo eso, y seguramente yo era el único en el estudio de Utzon capaz de acometer ese tipo de trabajos”.

Pero el problema no se quedaba ahí. Después de la definición de las bóvedas quedaba resolver la conexión entre cada pareja, que no podía asociarse a triángulos esféricos y, por tanto, resolverse con prefabricados, sino que derivaba en una serie de superficies regladas bastante más complicadas.

“Empecé a ocuparme de todo ello con fortuna y Utzon decidió, con gran sorpresa y alegría para mí, que fuese yo quien llevase a Ove Arup los dibujos a Londres. Entonces, me vi transportado de una práctica profesional modesta –como era la española de aquellos años– a lo que significaba trabajar en el estudio de Arup en Londres –una oficina ya importante por entonces que ocupaba la totalidad del edificio situado en 13 Fitzroy Street– colaborando en un trabajo especial. Me tocó tratar directamente a Ove Arup, estar instalado en un hotel de primera en Londres durante una semana, viajar en avión... Además, Belén Feduchi, la que luego sería mi mujer, estaba en esos momentos estudiando, viviendo y trabajando en Londres, así que me encontré en el mejor de los mundos dada esta situación (...) Viajé a Londres tres veces durante el tiempo que trabajé para Utzon”.

Aparte de esta particular experiencia con Ove Arup, en el estudio de Hellebäck Moneo trabajó con el equipo de Utzon, compuesto por siete u ocho arquitectos de distintas nacionalidades: daneses, noruegos, un australiano y un japonés. No recuerda que pasase demasiada gente por allí, exceptuando algún que otro crítico o historiador de la arquitectura danesa y algún arquitecto nórdico como el noruego Arne Korsmo, al que define como “*muy amigo de Utzon*”.

La gran oportunidad, en este sentido, le vino precisamente al dejar el estudio. Un año después de empezar a trabajar con él, “*Utzon se estaba preparando para ir a vivir a Australia, como así ocurrió en el invierno del 62. Él me dijo: ‘Bueno, pues vente a Australia’. Y por un momento hasta dudé...*”. Finalmente decidió regresar a España, pero antes quiso aprovechar para recorrer un poco más detenidamente los países nórdicos, especialmente Finlandia, donde podría visitar la obra de uno de los arquitectos que más admiraba: Alvar Aalto. Utzon, quien se enteró del viaje que planeaba, le encargó llevarle personalmente una copia del libro que había editado sobre la Ópera de Sidney al maestro finlandés, así que, con el ejemplar en la maleta, Rafael Moneo inició el periplo con el que culminaría su estancia en Dinamarca.

Recomendado por Utzon, que admiraba especialmente ese edificio, pasó por Goteborg para ver la ampliación de Asplund a los Juzgados del Ayuntamiento. De ahí a Estocolmo, donde embarcó rumbo a Turku, su primera parada finlandesa.

“En Turku vi todo: el primer cine, el periódico, el sanatorio, todo... Luego fui a Helsinki. Entonces, Aalto tenía que proteger su tiempo porque estaba lleno –seguro– de requerimientos de estudiantes y arquitectos queriendo verle. Pero yo llevaba un pasaporte tan claro que no fantaseo nada al decir que estuve día y medio con él. (...) Realmente tuve toda esa suerte...”.

Por supuesto, aparte de la experiencia que tuvo que suponer conocer a Aalto en persona, aprovechó la estancia en Helsinki para recorrer su obra, así como la del primer Eliel Saarinen. Desde ahí, el itinerario siguió hacia el norte del país hasta alcanzar Jyväskylä, última parada en el recorrido.

Tras volver a España en octubre de 1962, Rafael Moneo concursó –a finales de ese mismo año– para optar a una plaza como pensionado de Arquitectura en la Academia de España en Roma, premio que obtuvo junto a Dionisio Hernández Gil:

“Yo no conocía Roma, la verdad es que no conocía Italia... Realmente, la gente ya no iba tanto a Roma en busca de la arquitectura. América era entonces la meta. América y los estudios de urbanismo. Pero Zevi había cobrado mucha importancia aquí en Madrid a finales de los años cincuenta, en la etapa de nuestra formación. Me atraía conocerle. Estaba a punto de casarme, así que seguramente la opinión de mi mujer, Belén Feduchi, también influyó a la hora de concursar. (...) Ganamos la pensión con un proyecto en la Plaza del Obradoiro que todavía veo con gusto”.

Los exquisitos dibujos a lápiz de dicho proyecto hablan de las preocupaciones que mantenía el arquitecto por entonces, la seducción wrightiana presente desde los últimos años de su carrera aparece matizada por algunas premoniciones que ya sugieren el peso que llegará a tener la historia en la producción arquitectónica unos años más tarde. El propio Moneo señala en ellos incluso alguna influencia recibida de Utzon y del proyecto de la Ópera.

“En marzo de 1963 me casé con Belén Feduchi en El Escorial y fuimos a Ibiza y Palma, donde cogimos un barco que nos llevó a Palermo. (...) Fue un viaje muy curioso a bordo del ‘Saturnia’, uno de los dos últimos grandes buques –junto con el ‘Vulcania’– que se habían construido en la época de Mussolini. (...) Recuerdo la llegada a Palermo, con todos los sicilianos esperando a los familiares que llegaban de América, echando las boinas y los sombreros al aire, y nosotros, desde el puente del barco, viendo todo aquel espectáculo... (...) Allí estuvimos alrededor de diez días y continuamos conociendo parte de la isla: Agrigento, Segesta, Catania... (...) Un viaje pausado que de repente nos situó en medio de una Roma monumental con unas condiciones materiales sin embargo modestísimas, porque entonces los pensionados de España en Roma vivíamos en un palacio con conserjes, camareros y secretarios, pero verdaderamente sin una lira. Tanto es así que todo el primer año de mi estancia en Roma transcurrió en la ciudad sin movernos de ella, no fuimos ni tan siquiera a Ostia”.

Lo cierto es que a las dificultades económicas se sumaba la propia estructura de la beca, que obligaba a dedicar el primer año de estancia a trabajar sobre un edificio de la ciudad anterior al año 1.000 –Moneo eligió Santa Costanza– y el segundo esencialmente a viajar, de manera que era necesario ir enviando sellos consulares demostrando que se iban recorriendo distintos lugares. Así, en ese tramo final la pareja hizo varios viajes: uno bastante largo a Grecia y Estambul y tres más cortos a Viena, Amsterdam y París (Fig. 5).

En Grecia “*estuvimos primero en Atenas y luego en Delfos, donde permanecemos unos quince días. Después pasamos por Micenas, Epidauro, Bassai y*

5. FERNÁNDEZ-GALIANO, Luis, “Entrevista con Rafael Moneo”, op. cit.



Fig. 5. Esquema de los recorridos que realizó Rafael Moneo por Europa en la primera mitad de los años sesenta, mientras trabajó en el estudio de Jørn Utzon y disfrutó de la beca de Roma.

6. MONEO VALLÉS, Rafael, "Notas sobre el desarrollo urbanístico de Roma en los últimos cien años", *Hogar y Arquitectura* 50, enero-febrero 1964; "Sobre un intento de reforma didáctica", *Arquitectura* 61, enero 1964; "Una obra de Ignazio Gardella. Casa de la Zattere, Venecia", *Arquitectura* 71, noviembre 1964; "Una visita a Poissy", *Arquitectura* 74, febrero 1965; "Notas sobre la arquitectura griega", *Hogar y Arquitectura* 59, julio-agosto 1965.

7. ZEVI, Bruno, *Architettura in Nuce*, Roma, Instituto per la Collaborazione Culturale, 1964. Versión castellana: *Architettura in Nuce. Una Definición de Architettura*, Madrid, Aguilar, 1969.

Creta". De ahí el viaje se prolongó hasta Estambul, posiblemente pasando por El Pireo. En Viena disfrutaron de unos días viendo, esencialmente, la arquitectura de la Secesión y la de Adolf Loos. También hicieron visitas cortas a París –ahora sí, viendo arquitectura moderna– y a Amsterdam, una ciudad por la que Rafael Moneo dice sentir verdadera predilección y a la que tendría ocasión de volver muy pronto, en 1967, con motivo del primer concurso internacional al que se presentó: el del diseño para su Ayuntamiento. Curiosamente, cada uno de estos periplos –incluso la propia estancia en Roma– daría lugar al menos a un artículo publicado por el arquitecto en las revistas madrileñas del momento⁶.

La estancia en la Ciudad Eterna trajo consigo, además, numerosos contactos personales.

"En Roma sí conocí a mucha gente: a Zevi, de quien más tarde traduciría su libro *Architettura in Nuce*, a Quaroni, a Portoghesi, a un Tafuri entonces recién 'laureado' pero que ya empezaba a ser respetado (...) Los lunes por la tarde había una reunión en el Instituto de Arquitectura que dirigía Zevi en el *Palazzo Taverna*, cerca de la *Chiesa Nuova* de Borromini. Por allí pasaba mucha gente, arquitectos extranjeros y locales. La discusión

era muy viva y muy densa (...) y trascendía de lo puramente disciplinar a un orden más vital. Yo fui espectador de todo eso, así que seguramente esos dos años fueron muy importantes para mí”.

EL SALTO A AMÉRICA. ASPEN (1968)

A su vuelta a España, Moneo comenzó su andadura profesional y su primera etapa docente en la Escuela de Arquitectura de Madrid (1966-1970). Fueron años en los que el arquitecto navarro no paraba: construía la Fábrica de Transformadores Diestre (1964-1967) y la Casa Gómez-Acebo (1966-1968), trabajaba en la ampliación de la Plaza de Toros de Pamplona (1963-1967), se presentaba al ya citado concurso para el Ayuntamiento de Amsterdam (1967-1968), y aún sacaba tiempo para asistir a conferencias y encuentros como las ‘Sesiones de Crítica de Arquitectura’ y, especialmente, los ‘Pequeños Congresos’, donde, aparte de conocer a los que el llama “*los amigos catalanes*”, tendría la oportunidad de entrar en contacto con algún que otro personaje extranjero. Su primer encuentro con Rossi⁸ se produjo precisamente en uno de ellos: “*A finales de los años sesenta Rossi vino a un congreso a Tarragona, y ése fue mi primer encuentro con él. Su libro, La arquitectura de la ciudad, la verdad es que me impresionó*”⁹.

Así que, envuelto en toda esta actividad, y salvando la visita que comentábamos que hizo a Amsterdam para preparar el concurso, el arquitecto no recuerda haber salido de España hasta 1968, con motivo de la asistencia a la Conferencia Internacional de Diseño Industrial, un simposio organizado por la empresa IBM en Aspen, Colorado. André Ricard coordinaba la participación española en la conferencia, a la que acudieron, desde Madrid, Antonio Fernández Alba y Rafael Moneo y, desde Barcelona, Federico Correa, Oriol Bohigas, Lluís Domènech y el diseñador Joan Antoni Blanc. Portugal estuvo representado por Nuno Portas. “*Aparecimos allí este grupo ibérico sin saber nada de nada, ni de lo que se trataba...*” El encuentro reunió a un buen número de personajes bien diversos: Eliot Noyes, un arquitecto sobre todo conocido por su labor como diseñador industrial de IBM; Herbert Bayer, también arquitecto y probablemente el diseñador de publicidad más innovador que produjo la Bauhaus; Reyner Banham, que acudía al simposio meses antes de ver publicado su libro *The Architecture of Well-Tempered Environment*¹⁰; Hans Hollein, que había recibido recientemente el Premio Reynolds; o Peter Eisenman, alguien en esos momentos no tan conocido como los anteriores pero que, como se verá, a la larga resultaría definitivo en la trayectoria posterior de Rafael Moneo.

“Teníamos que hacer una presentación, y como ninguno de nosotros hablaba inglés salvo Federico Correa, fue él quien terminó elaborando un discurso, supongo que un tanto improvisado, sobre las dificultades que había en un país con ciertas restricciones ideológicas y de cuánto teníamos que luchar contra la pretensión de hacer una arquitectura más propia del país... El caso es que debió recibirse con interés lo que dijo Federico y establecimos un contacto relativamente estrecho con Peter Eisenman”.

El mismo Eisenman, antes de terminar el simposio, les propuso ayudarles a organizar un viaje en el que podrían visitar San Francisco y Nueva York antes de regresar a España. Y así lo hicieron, de Aspen a San Francisco, a Chicago y a Racine –a ver el edificio de la Johnson Wax de Frank Lloyd Wright– para volver a España parando en Nueva York, donde el americano volvió a reunirse con ellos e hizo las veces de anfitrión (Fig. 6).

8. Años más tarde, Rafael Moneo dedicaría tiempo y esfuerzos a divulgar la obra del italiano, primero en España, desde la Escuela de Arquitectura de Barcelona, y algo más tarde en Estados Unidos: MONEO VALLES, Rafael, “La idea de arquitectura en Rossi y el Cementerio de Módena”, *Monograph 4*, ETSA Barcelona, 1974; “Aldo Rossi. The idea of Architecture and the Modena Cemetery”, *Oppositions 5*, 1976.

9. FERNÁNDEZ-GALIANO, Luis, “Entrevista con Rafael Moneo”, op. cit.

10. BANHAM, Reyner, *The Architecture of Well-Tempered Environment*, Londres, Architectural Press, 1969.



Fig. 6. Esquema de los primeros viajes que hizo Rafael Moneo por Estados Unidos, desde su asistencia a la Conferencia Internacional de Diseño Industrial de Aspen, en 1968, hasta su desplazamiento a Nueva York en 1976 para impartir docencia en el Institute for Architectural and Urban Studies.

Poco después fue Eisenman el que vino a España, aceptando la invitación que se le hizo para participar en el ‘Pequeño Congreso’ de Vitoria, pero no sería hasta 1973 cuando Moneo retornase a Estados Unidos, en esta ocasión con motivo de un viaje que organizó junto a los profesores que tenía en la Cátedra de Elementos de Composición de la Escuela de Arquitectura de Barcelona. Con ellos volvió a Nueva York, a Chicago y también a Racine y, según relata el arquitecto, *“lo pateamos todo. Ya entonces estaba montado el Instituto y Eisenman me dijo que, cuando quisiera, contaba conmigo para ir para allá... Cosa que hice en 1976, después de la muerte de Franco”*. La curiosidad intelectual unió a estos dos arquitectos e hizo que su amistad personal progresase independientemente del sesgo particular que cada uno fue imprimiendo a su carrera.

A partir de ese momento, la trayectoria profesional y docente de Rafael Moneo se dispara: durante los años 1976 y 1977 imparte docencia en Nueva York –en el *Institute for Architectural and Urban Studies*, la *Cooper Union School of Architecture* y la *Syracuse University*– mientras sigue ocupándose de la Cátedra de Elementos de Composición de Barcelona, donde enseñará hasta 1980, año en el que se encarga de la Cátedra de Composición de la Escuela de Madrid. Allí continuará hasta 1985, cuando es nombrado Decano de la *Graduate School of Design* de la Universidad de Harvard, cargo que ostentará durante cinco años. Mientras tanto –además– proyecta y construye los que serán algunos de los ejemplos más emblemáticos de la arquitectura española del momento: el Edificio Bankinter de Madrid (1972-1976), el Ayuntamiento de Logroño (1973-1981), el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida (1980-1985), la estación de ferrocarril de Atocha, también en Madrid (1985-1988)... Podríamos seguir citando proyectos, eventos, conferencias, artículos

y premios hasta el día de hoy, pero todo esto excede ya el ámbito temporal que pretendía abarcar este trabajo.

Sin embargo, es imposible calibrar la importancia que tuvo ese primer viaje a América del año 1968 sin mirar la línea global que sigue su carrera. Y, de nuevo, es el propio Moneo el que lo expone con la mayor franqueza:

“No sé si yo hubiera vuelto a encontrarme con Eisenman, si no lo hubiese hecho en 1968, y puede que hubiera tenido ocasión de acceder al mundo académico americano de otra manera, pero lo cierto es que la trayectoria de lo que ha sido mi relación con tal mundo pasa claramente por los episodios que hemos mencionado”.

Y dice ‘episodios’ porque si bien parece más o menos evidente que el detonante podría haber sido ese encuentro –un tanto fortuito en todos sus aspectos– de Aspen, el análisis de los anteriores marca un trayecto que, aunque se acelera a partir de ese momento, se nos muestra como un itinerario continuo. En este sentido, no cabe duda de que hay que establecer una distancia considerable entre los primeros y los últimos viajes que se han estado recordando:

“Puedo distinguir claramente entre el carácter más inocente de esos primeros desplazamientos –el muchacho que, recién acabado su bachillerato, marcha a París a ver todo aquello que le han contado y que, una vez allí, ve que está vivo y, como estudiante de arquitectura que es, no puede por menos que sorprenderse ante la potencia natural que irradia la ciudad; o el segundo viaje, que resulta incluso mucho más ingenuo, en el sentido de que surge para intentar resolver un problema que finalmente no consigue salvar– de las otras estancias de las que hemos estado hablando, sean la de Dinamarca o la de Roma, mucho más buscadas y orientadas en sus objetivos”.

No obstante, esos recorridos iniciales hablan ya de dos invariantes en el carácter de Rafael Moneo que, seguro, resultarían definitivos para desarrollar su trayectoria: su interés por el conocimiento, no sólo del que tiene que ver estrictamente con la arquitectura, sino con todos los ámbitos de la cultura; y la tenacidad, la resistencia y el afán por salvar los obstáculos que van surgiendo a lo largo del recorrido.

Tal vez, lo que sí se puede afirmar es que los segundos tienen más que ver con lo que pudo suponer recibir un adiestramiento más específico de cara a desarrollar su profesión o su faceta académica:

“La formación con Utzon es una formación por ‘contacto simpático’, es decir, por cierta fe o confianza en que la proximidad a una figura que tú consideras notable algo te enseñará de lo que es la actitud y el comportamiento profesional que hay que tener”.

“Seguro que el viaje a Roma incorporó a mi trabajo posterior ese respeto al medio construido, por no decir a la Historia, que es algo que hoy seguiría defendiendo como posición teórica: la de ver la arquitectura no tanto como un objeto autónomo, sino como algo que necesita casi imbricarse e involucrarse en el entendimiento de una realidad algo más amplia, que es ‘lo construido’. Naturalmente, lo anterior no es válido en todos los momentos en que uno construye, pero sí en muchos. Eso es algo que se aprendía en Roma; y no me refiero a que se aprendiese en el Panteón, sino en el caldo de cultivo que era la Roma de entonces”.

De cualquier manera, el estudio y presentación de los primeros viajes de Rafael Moneo resulta tan interesante porque ejemplifica a la perfección cómo esos periplos pueden llegar a colaborar en la evolución de una biografía. En su



Fig. 7. Esquema de los viajes de Rafael Moneo que se tratan en este texto y los ámbitos geográficos que abarcan.

caso, además, queda patente que forman parte de un tejido mucho mayor donde se mezclan hebras que proceden de distintos y numerosos ovillos. Y esto no sólo es algo que se infiere de estas líneas. El propio Moneo reconoce su importancia y los valora, sobre todo, como parte del sustrato que debe ir alimentando el arquitecto:

“Yo creo en una arquitectura en la que el conocimiento proporciona el sustento del que va a ser el discurso arquitectónico; y el viaje, entonces, da ocasión de ampliar o de añadir nuevos fondos sedimentados sobre los que se trabaja. En ese aspecto, una arquitectura como la que a mí me ha gustado hacer –no ‘tocado’, sino ‘gustado’ hacer– es una arquitectura que no rechaza el papel del viaje, sino todo lo contrario” (Fig. 7).